



Caracas, 1939. Psicóloga social (UCV),
Magister en Psicología (USB);
Doctora en Sociología (Universidad de París,
Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales).
Profesora titular de la Universidad Central de Venezuela.

Recuerdos del futuro

Advertencia a los lectores

¿Y qué recordamos entonces los venezolanos?

Un país para recordar

Corrientes, inclinaciones y sesgos

Una nueva protagonista: la sociedad civil

La presentación en sociedad del pueblo

Democracia participativa

La religiosidad va por dentro

Riqueza y pobreza como males in-necesarios

Conclusión de lo que sigue

Advertencia a los lectores

EL PRESENTE ESCRITO no es un trabajo de ciencia. O quizás debería decir, que en el más amable de los casos podría considerarse como una obra de ciencia-visión, o de ciencia-ilusión, o de ciencia-imaginación. O hasta de conciencia. Así que, contrariamente a lo que siempre he hecho en mi vida profesional, quien estas páginas lea, no hallará en ellas metódicas citas al pie de la página, o al final del capítulo (aunque *métier oblige*, alguna nota informativa siempre se habrá colado). Si tiene paciencia y sigue adelante, sólo encontrará mis reflexiones, en las cuales, como en todo hecho humano, siempre se asomarán muchas otras voces. Algunas estarán identificadas, o bien serán fácilmente reconocibles, otras recordarán un poco a alguien conocido; otras, espero que se parezcan a mí misma. En todo caso, de todo lo escrito, de su acabado o de su carácter deshilachado, de las relaciones y supuestos aquí presentados, me declaro y confieso responsable. Los hechos a los cuales hago referencia han sido públicos, y si quien me lee no estuvo presente (si tengo la suerte de ser leída por otras generaciones), a esas personas, al igual que a aquellas con las cuales compartí parte de un siglo y el inicio de otro, sepan que he querido dar observaciones, reflexiones y sentires escritos desde la participación y el compromiso con mi país.



He vivido más de la mitad de mi vida durante el siglo XX. Las mitades sólo son iguales en la geometría. En la vida de las personas una mitad puede alargarse casi infinitamente y lo que es casi infinito puede bien ocupar toda una vida. No hay intervalos iguales en los sentimientos, ya lo sabemos. La estadística se encargó de acabar con esa ordenada ilusión, después de habérsela servido en bandeja psicométrica. Así, durante los sesenta, los setenta y aún en los ochenta, el siglo XIX estaba para mí muy lejano y el siglo XXI entraba en el reino neblinoso de la vida-ficción.

Esto tenía algunas ventajas: podía ver cuán avanzada se consideraba la época que vivía, sobre todo al compararla con el tiempo en el cual debieron crecer mi madre y mi abuela materna, o que me mostró más tarde la lectura de las cartas de mi abuela paterna a mi abuelo marabino (y todos ellos vivieron durante ese mismo siglo). Podía asimismo contemplar toda la historia pasada como si fuese una película de dibujos animados (que junto a los libros fueron el encanto de mi niñez). Otra ventaja era poder pensar al siglo XXI como un tiempo extraordinario, lleno de fantásticos progresos, de innumerables posibilidades técnicas, de viajes espaciales, te-

letransportación, telepatía cotidiana, viajes a la velocidad del sonido y aún más (por ejemplo esos saltos interestelares inventados por Asimov, el escritor de ciencia-ficción estadounidense). El siglo XXI era la promesa de la conquista del espacio exterior, pues del interior ya el fin del XIX y el inicio del XX, nos habían proporcionado la literatura intimista, el psicoanálisis y la psicología con sus diferentes maneras de hurgar en la psiquis. El siglo XIX y los anteriores eran interesantes narraciones, para mí afortunadamente superadas. Es decir, estuve feliz de vivir en ese tiempo. Por nada habría querido vivir en un tiempo anterior. Nunca tuve nostalgia

Si el siglo XIX muestra el inicio de la ardua construcción de nuestra nacionalidad, el siglo XX es el escenario de la no menos difícil construcción de la sociedad civil. Tarea que necesita ser construida en democracia.

de los tiempos idos. No viví en el mito o la utopía de la “edad de oro”, de la Venezuela bucólica.

No sabía entonces que todo ocurre al mismo tiempo. El cambio, el pensamiento sobre él y las acciones transformadoras que lo llevan a cabo, se dan todos a la vez. Y por eso, mientras pasado y futuro me parecían lejanos, ambos estaban ocurriendo, razón por la cual a mediados de los ochenta iba a comunicarme con personas lejanas, apretando apenas algunas teclas de una computadora personal y los niños iban a jugar con esas máquinas, creando sus propios dibujos animados. Y si bien después de aquel “gran paso para la humanidad” dado en la luna en los sesenta, ningún otro lo si-

guió, los esporádicos vuelos y terribles accidentes de los transbordadores espaciales y la persistente estación espacial soviética mostraban que el continuado empeño en la “conquista del espacio” era cosa del siglo XX.

Y si miramos hacia ese siglo que creemos atrás, es imposible no asombrarse de cuánto y de cómo se transformó la vida social en Venezuela, y a la vez, de cómo, lo que se quería transformar continuó existiendo, cohabitando con su propia transformación. Pero toda mirada es única y está sujeta al prisma de la historia personal, a los sesgos de la historia grupal, a la continua erosión del olvido y del recuerdo. Y toda visión y todo testimonio de un proceso vivido, exige tomar distancia de los hechos, sumergiéndose en ellos.

Necesito entonces verlos desde mí, para poder contarlos. Algunos de los mejores relatos que he leído sobre qué fue y cómo fue Venezuela en diversos momentos del siglo XX han sido escritos desde el recuerdo vívido; desde el dolor y el placer vividos; desde la observación aguda transmutada en relato literario. El *Viaje al amanecer* de Mariano Picón Salas abandonando su Mérida natal entre las nieblas de la madrugada andina; la Caracas provinciana que Teresa de la Parra encuentra y describe a través del retorno de París de su personaje, María Eugenia Alonso; Caracas vista a través de la pobreza agridulce y vergonzante, digna y crítica, de la Ana Isabel de Antonia Palacios; los caminos del mar oriental descritos por el Salomón de Gustavo Luis Carrera. En la literatura, la poesía, el teatro, se van plasmando momentos que reflejan no sólo los modos de ser y de hacer, sino también de sentir.

Todo conocimiento pasa por el sentimiento, necesita de la afectividad, como ya lo afirmaba Henri Wallon, el psicólogo francés, a mediados del siglo que pasó. Para conocer es necesario sentir. La afectividad es no solamente parte de la motivación para saber, sino que además constituye al saber, aun cuando buena parte de la ciencia hecha durante el siglo XX se empeñase en afirmar lo contrario (pero es sabido que la ciencia es un continuo hacerse y deshacerse). Y también el recuerdo está hecho de emociones. Recordamos las alegrías y aunque la psicología nos dice que lo placentero es de memoria más permanente, no olvidamos ciertas tristezas, hasta el punto que algunas se hacen carne y habitan entre nosotros.

¿Y qué recordamos entonces los venezolanos?

A juzgar por la creencia muchas veces predominante en la opinión pública, según el decir de las encuestas hechas hacia la segunda mitad del siglo XX (años 60 a 90), y el relato esporádico de abuelos y testigos, las cosas habrían sido mejores en el pasado. “Cuando Gómez”, “cuando Medina”, “cuando Pérez Jiménez”. Más aún, ese tipo de afirmación que parece desprenderse de la necesidad de creer en una utopía retrospectiva, está muchas veces teñido de las atribuciones positivas que las personas otorgan al pasado a partir de las carencias sentidas en el presente. Los techos rojos y las bandadas de tímidas palomas suelen ser citados como parte de un idílico mundo perdido; a pesar de que los primeros son incompatibles con un país que creció demográficamente y que vivió y vive todavía un proceso de urbanización, generado en el patrón de poblamiento colonial, que concentra el 80 por ciento de la población en las ciudades de la región centro-norte costera, en Maracaibo, en las capitales andinas. Un país que sólo a mediados de los 60 intenta desarrollar otras regiones (creando por ejemplo, a Ciudad Guayana para producir la primera urbe esquizoide, pues hasta ahora sigue siendo un agregado de Puerto Ordaz y San Félix). Y de las palomas, aves aguerridas, urbanamente rapaces y atrevidas si las hay, respetando la licencia poética de Pérez Bonalde se puede decir todo menos que son tímidas. Personalmente, confieso que los techos rojos me gustaban mucho. Estaban llenos de vida: les crecían plantas entre las tejas, los zamuros se posaban en ellos y desde allí miraban seriamente a los transeúntes. En ellos los gatos celebraban sus jolgorios. Pero también me gustan ciertos edificios altos, la perspectiva de la ciudad que se da desde sus ventanas y azoteas, y plantas, zamuros y gatos los habitan por igual. Los zamuros, como las oscuras golondrinas, han regresado a la Caracas del 2000, al igual que muchas otras aves. A veces incluso hasta puede verse alguna que otra corocora (*ibix* rojo) posada en los postes de luz cercanos al río Guaire.

En los venezolanos del siglo XX, a juzgar por alguna literatura y por las encuestas y entrevistas, parece predominar una nostalgia romántica por un pasado construido desde el presente. Lejanas e inconexas con ese bucólico figurar parecen estar las guerras civiles, la pobreza y el caos político y administrativo que predominaron durante el siglo XIX. Pero no entraré a juzgar ni comentar aquí la

capacidad para definir la propia historia, o la incapacidad para aceptarla, que podamos tener en Venezuela. Más bien me gustaría señalar la contradicción entre esa consideración embellecedora del pasado, o de ciertos aspectos de él, y la negatividad con la cual los venezolanos califican al presente. Aspecto este último que se evidencia de los estudios psicosociales y de otras ciencias sociales en general, realizados durante la segunda mitad del siglo. Es necesario mencionar también dos aspectos derivados de esa contradicción: Uno, la posibilidad de que esa construcción “rosa” del pasado, muestre un fuerte deseo, una profunda necesidad de la paz, armonía y belleza que nunca se acaban de encontrar en el presente. Otro, la posibilidad de que los venezolanos del siglo XX hayamos vivido nuestros presentes con exclusión de causas y efectos, terminando por desligarlos del ayer y del mañana. Que para los venezolanos del siglo XX sólo haya habido tiempo de vivir el presente, en presente. Y por eso la mitificación de los héroes, vistos como dioses perfectos y lejanos, imposibles e irrepetibles, además de muy mal conocidos (como siempre parece ocurrirle a los dioses). Al respecto es imprescindible considerar cómo Bolívar, nuestro héroe máximo, genera un mito que lo transforma en un personaje irreal, imposible y a la vez único modelo positivo, irrepetible. Mario Briceño Irragorry denuncia la ausencia de memoria histórica y Germán Carrera Damas analiza en profundidad el culto que transforma a Bolívar en deidad de un panteón autóctono. A esto se acompaña una cierta desconfianza o negación del futuro, y quizás por eso también lo que algunos califican de indiferencia y que ya fue llamado apatía, atonía, pasividad, por aquellos primeros estudiosos de nuestra sociedad que inauguraron las ciencias sociales venezolanas en las postrimerías del XIX y en las tres primeras décadas del XX, e incluso por algunos de su segunda mitad.

Según el testimonio de Gloria Brigé de Sucre, Caracas, a mediados de siglo, era una ciudad de techos chatos y comedidas costumbres. En efecto las casas de un solo piso, usualmente pintadas en dos colores (uno de fondo, otro para el zócalo y el contorno de puertas y ventanas), comenzaban a ser interrumpidas por edificios cuadrados y estrechos, que al máximo tendrían entre 6 y 10 pisos, con balcones en hilera, desde donde se podía atisbar el transcurrir cotidiano en los patios del vecindario. Un nuevo tipo de casa aparecía, en el cual ya se podía ver la contracción de la expansión urbana: menor espacio, otra distribución y la calle desplazando al jardín. Además se agregó un nuevo mueble: el televisor, que primero en blanco y negro y luego a color, mostraba una gran variedad de cosas, que comenzarían a marcar la pauta de vida.

La tercera dictadura introdujo una especie de fiesta patronal en la cual cada diciembre, el dictador Pérez Jiménez hacía desfilas a civiles y a militares, como muestra del poder bajo su mando. Incluso, ofreció en una oportunidad, para distracción de la población civil y despliegue de su poderío militar, un simulacro de ataque aéreo, que por ser en la noche fue muy vistoso, con todas aquellas balas o fuegos o lo que fuese, en amarillo, rojo, azul, verde. Mis hermanas y yo, al igual que

todos nuestros amiguitos vecinos, lo vimos desde las ventanas. Poco tiempo después, Tarugo, como lo apodaba el pueblo venezolano, en una noche menos iluminada pero mucho más festiva, huía en ese avión que se llamó “La Vaca Sagrada”, olvidando una maleta repleta de dólares.

Los venezolanos acabábamos de aprender a no esperar a que los dictadores mueran para librarnos de ellos. Tuvimos además prueba material y fehaciente del uso abusivo y corrupto de los bienes públicos a manos de los gobernantes y como ya se sabía desde tiempos de Gómez (el dictador máximo), y se demostró una vez más, pudimos conocer cómo el poder despótico puede arrogarse el derecho de vida, de propiedad, de muerte y de dolor. Comenzaba en esa hora el ancho, pero escarpado camino hacia la democracia.

Un país para recordar

Una de las cosas que me llaman la atención en cuanto a la mentalidad (uso el término en el sentido de la Escuela francesa de investigación histórica del mismo nombre) de los venezolanos del siglo XX, es la lentitud con que este siglo entró en la conciencia de la población. La bien conocida frase sobre su inicio en 1936, después de la muerte de Gómez, es una de las más trilladas en los ámbitos académicos, políticos e intelectuales del país, hasta el punto de devenir en lugar común de muchos estudios sociohistóricos. La muerte de Gómez, con la consiguiente caída de las mordazas y apertura a la discusión y a ideas en boga en el resto del mundo, mostró que había un buen trecho que recorrer para recuperar el tiempo perdido bajo la dictadura. Modernizar, es decir, vivir al ritmo del siglo que ya duraba casi cuatro décadas, pasó a ser una meta y se constituyó en orientación fundamental de políticas públicas. Alberto Adriani propuso mirar hacia la Italia de Mussolini e imitar su ejemplo de unificación política, incluso trayendo inmigración no sólo de ese país, sino de la Europa central, para así fortalecer a la población y alcanzar el progreso que constituía uno de los ideales de la deseada modernidad. Lo que se proponía era alcanzar el paso del desarrollo europeo y estadounidense que la definía, ejecutando las ideas que sobre las razas y su influencia civilizadora, habían propuesto en el siglo XIX intelectuales como Sarmiento, Alberdi, o Bilbao, entre otros, y que un cuarto de siglo antes en Venezuela, habían propugnado los ideólogos de la dictadura (el más notorio entre ellos, Vallenilla Lanz). Los gobiernos de López Contreras, de Medina y de Gallegos no atendieron a la propuesta y será Pérez Jiménez, un nuevo dictador, quien la lleve a cabo.

A este ideal de modernización se une otro, del cual se podría decir que estuvo latente, genotípicamente inscrito en el quehacer político venezolano durante el siglo XIX: instaurar con carácter permanente un régimen de gobierno democrático. Estas dos ideas parecen dominar la política y la economía del siglo XX. Dos proyectos que entretejen sus objetivos y que se sostienen mutuamente. Y junto a ellas

*He vivido más
de la mitad de mi vida
durante el siglo XX.
Las mitades sólo
son iguales
en la geometría.
En la vida de
las personas una mitad
puede alargarse
casi infinitamente y
lo que es casi infinito
puede bien ocupar
toda una vida.*

una necesidad por la cual claman algunos de los más sobresalientes intelectuales del siglo: la necesidad de generar una conciencia histórica. La necesidad de incorporar el pasado a la vida cotidiana a fin de no olvidar, a fin de no repetir, a fin de saber.

Pero esa voluntad de modernización va a enfrentarse a la tendencia nostálgica que en sustitución de la conciencia histórica por la cual clamaba Briceño Iragorry, va a imponer una especie de visión utópica positiva y retrospectiva, muchas veces expresadas por la idea de que en Venezuela cualquier tiempo pasado parece haber

Una psicóloga social se ubica en el difícil y fluido lugar situado entre lo colectivo y lo individual; entre el adentro y el afuera; entre las márgenes y el centro.

sido mejor. Si bien cuando se precisa cuáles fueron esos momentos de gracia, ellos se concentran en anécdotas sobre la seguridad, sobre la construcción de carreteras por los presos, y otros hechos por el mismo estilo, derivados del férreo ejercicio del poder. Esta idea supone un pasado bucólico, idílico, en el cual al lado del “hombre fuerte”, del “gendarme necesario” que pacifica y castiga, reinó una provechosa agricultura de la abundosa zona tórrida. Que la etapa agrícola coincidiera durante la colonia y el período post-independencia con una economía controlada desde la metrópolis y con la turbulencia de las guerras durante casi noventa años del siglo XIX, parece no enturbiar esas imágenes. Pero ya se sabe que la ideología –Gramsci lo planteó en el primer cuarto del siglo XX y Billig, psicólogo social inglés, lo demostró no hace mucho– es dilemática y contradictoria (afortunadamente).

Propia de esta mentalidad es la posición mantenida por muchos venezolanos influyentes durante el siglo XX, responsables de la popularidad y alcance de la visión negativa con que ha sido calificado el producto del cual durante el siglo que pasó derivó Venezuela su principal fuente de riqueza. El producto cuyos ingresos permitirían esa modernización y que generarían en cuanto a la propia industria se refiere, una tecnología de punta. En efecto, el petróleo, nuestro pan de cada día, fue tildado de “estiércol del diablo” y a la vez calificado de “oro negro”. Se lo ha culpado del deterioro agrario, de la desaparición de una Venezuela de postal de dudosa existencia, y a la vez, la riqueza proveniente de esa industria ha permitido la transformación del país, el aumento de la escolaridad, de la vialidad y en general, de un proceso de transformación que llevó a los venezolanos a considerar a Venezuela como un país “de grandes riquezas”, aunque desorganizado y donde no se cumple la ley. A la vez, esa producción impone su sello al proceso de urbanización, al patrón de las migraciones internas, a los ideales de perfección social instaurados, y se hace sentir en los modelos a imitar, que coexistirán sin embargo, con la idea e ideal de un país agrícola. “Sembrar el petróleo”, independientemente de los beneficios de contar con una sólida agroindustria, es parte de una mentalidad que mira hacia atrás, hacia el pasado colonial, hacia el paisaje, hermoso y plácido, de las verdes haciendas de caña, de los umbrosos cafetales y cacaotales (a cuyo producto, ya entonces se les fijaba el precio y controlaba su venta en mercados externos).

En efecto, por una parte la explotación de hidrocarburos y la industria petrolera producen una profunda revolución en el modo de vida y de producción, y por otra la riqueza derivada de ellas es execrada como una riqueza no producida mediante el trabajo, por lo tanto, bíblicamente no merecida por su beneficiario: el pueblo de Venezuela.

La visión nostálgica de la Venezuela que se ha creído haber sido es una de las formas con las cuales se ha tratado de darle asiento a la memoria colectiva, buscando recuperar el pasado y a la vez construir ese presente desarrollado y democrático. Sólo que se lo hace a partir de la imaginación mediada por el deseo, y no de una visión crítica y constructiva del presente. Pero si bien la necesidad está allí y es denunciada, una y otra vez los intentos de su rescate alejan ese pasado al deformarlo, al revestirlo de interpretaciones acríicas, al convertir a los héroes en dioses o figuras míticas y al confundir la acción liberadora y transformadora, con la acción autoritaria, peculadora y mediatizadora del progreso; fenómeno recurrente en el país. Es como si en esa construcción del pasado, se buscara encontrar los atributos deseados y que se considera ausentes en el presente.

Se busca hacer un país para recordar, mientras se lucha por generar un presente digno de la memoria, a la vez que se borran las marcas que le sirven de asiento. Pero el recuerdo es una construcción mediada por múltiples intereses y de allí la dificultad de la tarea. Pérez Jiménez quería una Venezuela llanera, de arpa, cuatro y maracas. Una Venezuela torrealbera que desfilara cada 2 de diciembre vestida de liqui-liqui y falda floreada. Al menos ésa fue la estampa propiciada por la política del "nuevo ideal nacional", sin importar que Venezuela fuese también la Guajira, Guayana sus selvas y su gente, las montañas andinas y los polos y malagueñas orientales, entre otras muchas y diversas cosas. Y a la vez, en su afán modernizador, Pérez Jiménez no vaciló en destruir muchos de los hitos de la memoria en una ciudad como Caracas, en la cual ya es casi imposible saber cómo fue.

La furia urbanizadora, que detecta siempre el más bello rincón, el mejor paisaje, se encargó de sepultarlos bajo el concreto y la zonificación caótica, si bien nominalmente el bosque se mantiene, la hacienda vive y la casona permanece. Donde hubo árboles se yerguen edificios con sus nombres, donde se plantó café, surge una urbanización y por doquier, representaciones carentes de proporción recrean el espacio imaginado del pasado. El paisaje cambia, los nombres quedan, estableciendo una memoria apócrifa. Y esto se repitió en el período democrático, como consecuencia de la acción de otros actores sociales (presidentes, empresarios, ciudadanos del común), en Maracaibo, en Barquisimeto, en Mérida, en Cumaná, en Valencia... y tantos otros lugares.

El recuerdo, como un pájaro al cual derriban el árbol donde anidaba, queda perdido. Sin rama ni alero. Al descampado. Las marcas temporales, los hitos de la memoria, cambian cada día. Y con ellos el conocimiento de quienes somos, de quienes hemos sido. En su lugar explicaciones e interpretaciones interesadas son cons-

truidas cada día desde las trincheras de intereses pocas veces dirigidos al bienestar colectivo. Y el país parece recordarse cada vez menos.

Corrientes, inclinaciones y sesgos

Porque el tiempo es un invento paradójico, todo tiempo reúne en sí esas dimensiones que separan lo vivido-recordado de lo vivido por recordar. El siglo XX, entonces, reúne en sí, tanto el completamiento como la explosión, implosión y transformación de las ideas decimonónicas y dieciochescas, como la semilla de algunas tendencias que parecen señalar caminos para este siglo XXI que comienza.

Los expertos en prospectiva han llamado “pesadas” a esas tendencias que parecen indicar el bullir y el sentido de los movimientos sociales. Tal denominación se asocia en mi percepción con esas gordas, oscuras, amenazantes nubes de nuestro invierno, ominosos bergantines de la lluvia, que sin embargo, a veces nos sorprenden descargando sus bodegas frente a nuestra mirada, no donde creíamos que iban a hacerlo (sobre nuestras cabezas), sino más allá, a lo lejos, donde en lugar de tormenta se convierten en paisaje.

De esas tendencias, ya el siglo XX en su segunda mitad y en sus últimas dos décadas nos dio alguna muestra. Y si la promesa que toda señal contiene se cumple, es posible que ellas marquen el tiempo por venir. Así, una primera tendencia parece dirigir la vida política venezolana hacia el logro de una democracia más cercana al ser venezolano; más capaz de incorporar al pueblo a los procesos decisorios y a la conducción de su propia sociedad. Es decir, a su autodirección. Esta tendencia viene manifestándose desde al menos un par de siglos atrás y el propio siglo XX ha sido el escenario turbulento de su denodada lucha contra la influencia muchas veces dominante, del autoritarismo personalista que le hace oposición.

Si tres dictaduras marcan el inicio y la mitad del siglo, es necesario igualmente reconocer que siempre hubo voces que las adversaron, así como temerarias acciones que intentaron derrocarlas, y que ya en la tercera de ellas pudieron organizarse para lograrlo. Del siglo XX entonces puede decirse que estuvo marcado por el contrapunto entre opresión y liberación y a que a partir de 1958, la tendencia liberacionista se hace más explícita y gana terreno, sin por ello eliminar a su opositora. De hecho, el fin del siglo vuelve a afilar el filo de la navaja que, una vez más, enfrenta ambas tendencias y que hace prever que la primera tarea del siglo XXI deba ser, nuevamente, el fortalecimiento de la democracia.

Para ello las bases han sido levantadas. Las cuatro últimas décadas ven el progresivo desarrollo de tendencias democráticas, a la vez que el surgimiento de nuevos actores sociales que plantean un ejercicio diferente de la democracia. Me refiero a los movimientos comunitarios, cooperativistas, que dan lugar a organizaciones tales como el Movimiento de Integración de la Comunidad (MIC) en los años 70, la Escuela de Vecinos, que hasta ahora existe; a organizaciones no gubernamentales volcadas hacia la promoción y transformación social; a nuevas asociacio-

nes de carácter político, orientadas por ideales que las diferencian de los partidos políticos, todas las cuales vuelcan su acción hacia el fortalecimiento de la ciudadanía y hacia su participación activa en la transformación de sus condiciones de vida.

Pero ningún cambio social es homogéneo. Y como se sabe, diversas tendencias cohabitan siempre, con mayor o menor grado de intensidad, en una misma sociedad. Por lo tanto, la participación liberadora y el autoritarismo seguirán chocando, pero la exigencia participativa que ha probado su capacidad de producir cambios continuará ejerciendo su presión y ejercitando formas de poder constituidas diferentemente, sustentadas en la voluntad de grupos ciudadanos que reclaman su derecho a expresar su voluntad, a asumir compromisos y responsabilidades, a cambiar la vida y a vivir el cambio. Y una característica de estas formas de democracia participativa que puede mostrar nuevas facetas, es su flexibilidad. Otra es su capacidad de constituirse y reconstituirse en función de objetivos muy concretos. No se trata de la voluntad autoritaria de poder, que hace de éste un objeto a poseer, un lugar a ocupar, sino del poder como instrumento facilitador de transformaciones que una vez obtenidas, reintegran a sus agentes a la masa, al grupo.

Así, el contrapunto entonces empieza a desplazarse y las voces serán otras: organizaciones con un sentido político que no se canaliza a través de los partidos políticos tradicionales y que los enfrentan en el campo de la administración y decisiones concernientes al espacio público. La ciudadanía no afiliada a esas organizaciones tradicionales hace política en sí y para sí, poniendo en práctica la denotación amplia y a la vez fundamentante del concepto política. Y en un movimiento de continuo flujo y reflujo, busca ocupar espacios que hasta entonces se consideraban propios de quienes participaban formalmente en la gestión de gobierno, bien por decisión electoral canalizada partidariamente, bien por su cercanía e identificación con las instancias formales del poder.

Se comienza a gestar la idea de democracia participativa y con ella, otras formas de ejercicio del poder. El poder como relación, en la cual los recursos de unos y otros agentes en conflicto u oposición no son comparables, sino inconmensurables, pues pertenecen a dimensiones distintas. Tal disparidad puede llevar a rupturas tajantes y, necesariamente, a cambios.

Una nueva protagonista: la sociedad civil

Si el siglo XIX muestra el inicio de la ardua construcción de nuestra nacionalidad, el siglo XX es el escenario de la no menos difícil construcción de la sociedad civil. Tarea que necesita ser construida en democracia. El lento, pero constante avance en su constitución acelera su impulso en la década del 70, por dos vías que si bien son contradictorias, aportan simultáneamente a su desarrollo: por una parte una política estatal expresada en organismos gubernamentales tales como Fun-

*La libertad reside
entonces no
en la prescindencia
o disminución del otro,
sino en su construcción
como igual.
Igualdad que libera
entonces al yo y al otro.*

dacomún y Fundasocial, que si bien generaron en los años 70 clientelismo político y tenían un fuerte carácter populista, difundieron la idea de la participación y la organización popular por todo el país. Por otra parte, las propias comunidades acogieron la premisa de la autogestión y la pusieron en acto en un movimiento social que no sólo se mantiene, sino que además se ha fortalecido y ha perfeccionado sus formas de acción. Actuar de manera transformadora, no para llenar el vacío creado por la falta de respuesta estatal, donde debería estar el ejercicio de la actividad para la cual se lo crea; sino para asumir las riendas del proceso de cambio, ejercien-

do derechos y cumpliendo deberes y también exigiendo el cumplimiento de los compromisos gubernamentales.

Se ha venido produciendo así un proceso simultáneo de afirmación de la sociedad civil que supone no sólo una creciente demanda y ejercicio de la participación, sino también el desarrollo de una conciencia ciudadana que cada día, en cada acción, genera y pule aristas y crea modos de ejercer su poder, ganando espacio a la inconsciencia colectiva, hasta ahora esperada y auspiciada oficialmente. Acción popular, voz popular, son entonces expresiones que se manifiestan con frecuencia creciente durante los años 80 y los 90, y cuyos efectos seguiremos viendo. En particular, en la última década

del siglo (de hecho desde el tristemente famoso 27 de febrero de 1989), la protesta popular, por ejemplo, pasó a ser parte de la vida cotidiana, contándose por cientos cada año. Los más diversos grupos, asociaciones, gremios y en general ciudadanos afectados por alguna circunstancia o carencia, o identificados con una propuesta o una causa, han marchado por las calles del país, han elevado sus pancartas y han hecho sentir sus opiniones, peticiones, reclamos. El pueblo ha hablado. El pueblo habla y seguirá hablando. Y también participando. Y en la medida en que sus modos de actuar no estén guiados ni por la pauta gubernamental, ni por los lineamientos de las organizaciones tradicionales, es posible que el siglo que se inicia nos sorprenda con nuevos modos alternativos de acción política.

La presentación en sociedad del pueblo

Sólo que ahora es necesario saber quién es ese pueblo en el imaginario colectivo. La palabra pueblo, la idea de pueblo es vaga, amplia y con límites imprecisos, si es que los tiene. A mediados de los 90, Isabel Rodríguez Mora demostró cómo, en el discurso presidencial del período democrático, la noción de pueblo designa a una masa imprecisa cuya única función es votar cada cinco años, y que es considerada ignorante, débil, confundida, y sobre todo, manipulable. Otra connotación muy extendida restringe la palabra pueblo al ámbito de inclusión de las personas de pocos recursos. En otros casos, el pueblo acompañado del gentilicio venezolano, se refiere con exclusividad a las personas nacidas en el país y que además presentan ciertos signos exteriores de la nacionalidad tales como un peculiar tipo físico, nues-

*Estuve feliz de vivir
en ese tiempo.
Por nada habría
querido vivir
en un tiempo anterior.
Nunca tuve nostalgia
de los tiempos idos.
No viví en el mito
o la utopía de la
“edad de oro”, de
la Venezuela bucólica.*

tra cadencia al hablar, el gusto por sabores peculiares, por ritmos particulares, algunos recuerdos y aun la ausencia de los mismos hechos en la memoria compartida. Estas definiciones, si bien tocan aspectos evidentemente pertenecientes al ser venezolano, no agotan de ninguna manera el concepto. Es más, considerar que el pueblo venezolano se reduce a tales ámbitos es una manera reductora, excluyente y empobrecedora de la noción, que no deja de tener sus visos xenófobos, a la vez que ignora el carácter plástico, dinámico, múltiple de la idea de pueblo. Tales concepciones han excluido a los indígenas durante más de un siglo, e ignoran el aporte de la inmigración y fomentan la exclusión social.

Es posible observar dos tendencias encontradas al respecto. La tendencia incluyente, que en el caso de los indígenas, y de las mujeres (al menos gramaticalmente), se ha expresado en la Constitución aprobada en 1999. Y el uso demagógico y limitante de la noción de pueblo, como un grupo inespecíficamente específico, que se define de acuerdo a intereses políticos en cada período de pugna electoral. Si bien definir al pueblo podría ser una tarea inútil o peligrosa, según el ángulo desde el cual se la vea o emprenda, es necesario generar una concepción sumatoria y no una reductora, polarizadora, generadora de límites y enfrentamientos. Una nación necesita de todos sus miembros para ser construida cada día.

Democracia participativa

La generación de la democracia durante el siglo XX en un país que se ha debatido entre la libertad y la opresión, entre anarquía y organización, ha sido uno de los ideales perseguidos con más constancia en Venezuela, a pesar de que, con igual persistencia el autoritarismo ha tratado de sofocarla o reducirla. Esa incontenible búsqueda y sus variadas expresiones continuarán inspirando movimientos sociales que bien podrían desembocar en un modelo político inédito.

Si el siglo XX se inicia con una dictadura que da paso a otra dictadura, más perfecta en su autoritarismo, más recia en su cerco a la sociedad, más cruel y definitiva en sus métodos, más exhaustiva en sus modos de vaciar las arcas; el siglo XXI amenazado por la repetición del ciclo histórico que pareció cerrarse en 1958, se inicia con el primer acto de ejercicio del poder por parte de la sociedad civil, afirmador del carácter participativo que se desea en un régimen democrático. Lo hace usando los recursos de la Ley, para enfrentar y oponerse al poder instituido al considerar que lesiona los derechos de la ciudadanía. Es acto fue el recurso de amparo que detuvo el caótico e incompetente proceso electoral del primer semestre del siglo. Un acto no exento de polémica ni de miopes ataques que llegaron incluso a poner en duda la existencia misma de esa sociedad civil que se erige en actor social por derecho propio. Pero no fue éste el primer acto de desafío a acciones gubernamentales contrarias a los intereses de la población. En barrios, en calles, en urbanizaciones, en pequeños poblados, durante 40 años de participación ciudadana se ha ido constituyendo una red, cada vez más tupida, de organizaciones, asociaciones,

grupos que comenzaron a estudiar y entender sus derechos y deberes, en el ejercicio de los mismos. Y esta corriente parece tener la fuerza e ímpetu necesarios para seguir manifestándose en el siglo que comienza.

La religiosidad va por dentro

Una tendencia que hereda el siglo que comienza es la búsqueda de la trascendencia espiritual y el ejercicio de prácticas ligadas a ella, no canalizadas a través de las iglesias y grupos religiosos tradicionales en cuyas manifestaciones externas el ritual y la forma parecen ocupar un lugar preponderante. A partir de las dos últimas décadas del siglo XX se ha observado en Venezuela (y también en otros lugares del mundo), un creciente interés por las expresiones espirituales al margen de los cultos establecidos. Hay una búsqueda más personal de la espiritualidad, y a la vez, de manera cónsona con una sociedad de consumo, se lo hace dentro de movimientos colectivos, que al mismo tiempo que invocan las potencialidades del espíritu humano, prometen enseñar su desarrollo a través de cursos, seminarios y talleres. Y al lado de esa espiritualidad-producto, otros círculos de estudio y otras vías son no menos buscados. Y pareciera que esa indagación estuviese más dentro de sí, que en alguna promesa o amenaza externa.

Lo que esto expresa es una diferenciación (o separación), entre religión como culto organizado, institucionalizado y establecido, y como ente de poder, y la religiosidad como relación personal de los individuos con aspectos vinculados a la trascendencia del ser, así como con la creencia en una entidad divina, dentro o al margen de esas organizaciones.

De esta línea de acción pueden derivarse tanto expresiones renovadoras de las iglesias y cultos tradicionales (nuevos estilos en las obras sociales; manifestaciones carismáticas; peregrinaciones a nuevos lugares de veneración; incremento en fenómenos paranormales, por ejemplo), cuanto la posibilidad de una transformación de la fe en el sentido de generar convicciones profundas que no sólo se expresen en actos rituales, sino que impregnen las manifestaciones del quehacer cotidiano. Esto podría generar grupos profundamente creyentes en algo y no meramente cumplidores de ritos o negociadores de intercambios con las potencias divinas.

Pero además, esta espiritualidad, unida a la definición inclusiva de pueblo, coincide con las expresiones liberacionistas que desde la teología a las ciencias sociales, vienen recorriendo la América Latina, desde hace tres décadas. Lo que se inició con la propuesta de buscar a Dios en los desamparados, en los rechazados socialmente, en el pueblo definido como los pobres, ha pasado de ser una teología política ampliando esa búsqueda más allá de una sola categoría social, extendiéndola a un otro cuya otredad es más amplia, es mayor, por cuanto incluye todo lo que no es el yo definido según los parámetros de una totalidad conocida.

No se trata de incluir solamente a los desposeídos (que bien lo necesitan), sino junto a ellos agregar a aquellos cuya existencia, por su extrañeza al nosotros, ni

siquiera sospechamos o nos negamos a percibir como posible. Se trata de encontrar a Dios en el otro, como propone el filósofo Emmanuel Levinas, pero aceptando esa otredad para que el yo pueda ser libre. La libertad reside entonces no en la prescindencia o disminución del otro, sino en su construcción como igual. Igualdad que libera entonces al yo y al otro.

Riqueza y pobreza como males in-necesarios

La Venezuela del siglo XXI tendrá una importante tarea de carácter psicosocial: resolver su contradictoria aproximación a la pobreza y a la riqueza. El siglo XX ha cerrado con un alarmante aumento de la primera y una concentración de la segunda en pocas manos. También cerró con la insultante presencia ascendente de la corrupción, extendida amplia y profundamente a todos los ámbitos de la administración pública, impregnando los más insospechados recodos de la vida pública nacional. Nos ha mostrado asimismo cómo a la vez que se denuncia con alarma su presencia, de manera concomitante y evidentemente coherente, la delincuencia aumenta hasta el punto que, asaltos callejeros, robos y hurtos de poca monta primero dejaron de recibir respuesta por parte de los organismos policiales y luego, dejaron de ser denunciados por las víctimas, contentas con que la agresión no pase de un susto y pérdidas no demasiado grandes. Y finalmente han pasado a ser un tema de conversación cotidiana, como podría ser el estado del tiempo: ocurre, es necesario conocerlo para tomar algunas previsiones, que sin embargo no pueden modificarlo.

Las consecuencias de la desproporción en la distribución de la riqueza se evidencian diariamente, como se evidencia también la desproporción en la participación en la producción de la riqueza. Cada vez más son menos quienes la generan y una vasta mayoría trabaja sólo para reproducir su vida diaria, manteniendo en lo posible lo mismo, o un poco menos de lo mismo.

En Venezuela, la “clase media” parece ser cada día más un constructo psicológico y cada vez menos un ámbito económico. En efecto, si se pide a una persona que vive en una zona clasificada como de bajos recursos y aun, francamente marginal, que autoevalúe su posición socioeconómica, que se ubique en la escala social, en mi experiencia, las respuestas evitan la calificación de “pobre”. Se admite con facilidad cuántas carencias se tienen, pero la tendencia es a clasificarse como “en una clase media”. “Media” aquí es un adjetivo, no parte del sustantivo clase, que parece señalar que se es “medio pobre”, no pobre del todo. Es ésta una respuesta que personalmente aprecio desde la perspectiva psicosocial comunitaria, pues desde una posición optimista, me parece que deja abierta la posibilidad de encontrar recursos aun en medio de formas extremas de la pobreza material. Y es que nadie está exen-

*Pero es necesario,
además, que
se produzca un cambio
en el modo de pensar,
en la mentalidad,
a fin de que esta
aproximación
paradójica a riqueza
y pobreza deje
de producir la
búsqueda afanosa,
pero no admitida,
de la primera,
utilizando los atajos
alejados de
su producción
mediante el trabajo.*

to de recursos, fundamentalmente porque los recursos no pertenecen exclusivamente al orden de las cosas materiales. El ingenio y la creatividad son recursos. La imaginación es un recurso. La confianza en sí misma, otro. Y miradas así las cosas, es posible hallar aun en los más desposeídos la posibilidad de encontrar el punto de apoyo que moverá su mundo para transformarlo positivamente, no según las condiciones propuestas desde otros ámbitos, sino desde el propio.

Por una parte pareciera que ser pobre es infamante. A la vez, por otra parte, hay una constante exaltación de la pobreza como un estado de pureza social. Como

Y si miramos hacia ese siglo que creemos atrás, es imposible no asombrarse de cuánto y de cómo se transformó la vida social en Venezuela, y a la vez, de cómo, lo que se quería transformar continuó existiendo, cohabitando con su propia transformación.

una cualidad injustamente relegada; como una condición de sufrida nobleza que de suyo debe ser reconocida y exaltada. Pero sin que las correspondientes manifestaciones activas se hagan presentes. Naturalmente, nadie quiere ser pobre. No es bueno ser pobre. Ni siquiera cuando se es honrado es bueno ser pobre. Ambos atributos no sólo se unen en el lugar común habitual, sino que la honradez parece ser una cualidad extraña, difícil de encontrar, en vías de extinción que, en la vida cotidiana no se asocia con: 1) los ricos; 2) los pobres desarraigados, sean negros o blancos; 3) los que parecen pobres aunque estén decentemente cubiertos; 4) los políticos, de cualquier afiliación; 5) los funcionarios públicos.

La honradez, sin embargo, en el discurso público oficial, se convierte en atributo inmanente de la pobreza, haciendo de ella una cualidad. Poco efectiva al parecer, pues se supone que servirá para recibir la cuota de bienes sociales de la cual se carece, que no obstante parece encontrar enormes cuando no insuperables dificultades en ser entregada. Se ensalza la pobreza para, en realidad, ensalzar la bondad y buenas intenciones del orador de turno. Y para resaltar su carácter positivo se la contrasta con la riqueza, siempre negativa, pero a la vez afanosamente buscada, polarizando así las condiciones de vida. O se es pobre, y por lo tanto ubicado en el grupo de quienes merecen recibir; o se es rico, cayendo en el grupo de los que no sólo no lo merecen, sino que además, quién sabe cómo obtuvieron su riqueza.

Y no olvidemos que todo esto se adereza de la tradicional consideración del venezolano como perezoso, como alguien que evita el trabajo, que como ya ha sido demostrado por muchos estudios psicosociales llevados a cabo en la segunda mitad del siglo XX, coincide, contradictoriamente, con el hecho de que muchos venezolanos trabajan de sol a sol para obtener un menguado beneficio cuando mucho, y las más de las veces ganar sólo lo suficiente para subsistir con limitaciones. Se produce de esta manera una inconexión entre el trabajo, la riqueza y la pobreza, que se agrava por el patrón de distribución de riqueza dominante en el país y la ineficacia gubernamental en cuanto a políticas sociales (que no deberían ser sinónimo de beneficencia clientelista, sino de capacitación, estímulo, motivación, fortalecimiento y apoyo a la acción transformadora). Amén de otra consecuencia: el temor a

perder lo que se tiene se traduce en medidas de seguridad que poco a poco van fragmentando el espacio público, con lo cual paradójicamente, se agrega un nuevo ataque a la libertad y al bienestar individual. Y esto ocurre tanto en las “colinas” como en los “cerros” y podría llegar al extremo de generar mesnadas mercenarias que debiliten aún más lo que debería ser la acción protectora de la ciudadanía de la policía, además de restringir el espacio público y constituir un inquietante para-sistema de protección y defensa.

¿Cómo salir entonces de tal contradicción? Una solución que parece estar dándose en la práctica es ser nominalmente pobre y buscar riqueza de algún modo. De cualquier modo. Sería un ejemplo de la búsqueda de fines establecidos (ser rico en este caso), con desmedro de los medios empleados para ello, que parece orientar muchas actividades fuera de la ley: peculado, corrupción, nepotismo, delincuencia, por ejemplo. Otra podría ser aumentar la participación en la producción de la riqueza mediante generación de empleos y el fomento de la industria, algo sobre lo cual los economistas han dicho y tienen aún bastante que decir.

Pero es necesario, además, que se produzca un cambio en el modo de pensar, en la mentalidad, a fin de que esta aproximación paradójica a riqueza y pobreza deje de producir la búsqueda afanosa, pero no admitida, de la primera, utilizando los atajos alejados de su producción mediante el trabajo. Es decir, hacerse rico sin trabajar, alimentando así el estereotipo de que los ricos no han obtenido su fortuna mediante el trabajo honrado. Fundamentando la idea de que sin ser del todo “pobre” tampoco se es rico y la contradicción inherente a la consideración de la pobreza como una cualidad a la vez socialmente deseable e indeseable, la cual se une a vergüenza y temor de tener y a la vez a deterioro en la calidad de vida, educación deficiente (obsérvese por ejemplo la calidad de la enseñanza en la mayoría de las escuelas públicas), alimentación y atención en salud precarias; recreación insuficiente, para presentarlo de manera resumida.

La conciencia de estas contradicciones es fundamental para modificar la aproximación al trabajo, a la producción y a la posesión de bienes, de tal manera que sea el trabajo su fuente principal. Cambiar creencias profundamente arraigadas e históricamente construidas no es tarea fácil, pero sí es posible. Si ella fuese una de las que emprendiesen los venezolanos y venezolanas del siglo XXI, se podría avizorar un futuro mejor.

Conclusión de lo que sigue

Una psicóloga social se ubica en el difícil y fluido lugar situado entre lo colectivo y lo individual; entre el adentro y el afuera; entre las márgenes y el centro. En ese ámbito, casi imposible, en el cual lo social se hace personal y lo personal puede convertirse en moda, refrán, inicio o fin de una cadena de acciones que afectan a un cierto número de personas. De allí la visión que oscila entre el individuo, el grupo y la sociedad. De allí la conversión de la cultura en gesto y del gesto en discurso.

Las reflexiones aquí presentadas están marcadas por la condición antes descrita. A ellas deben entonces la imprecisión o la puntualidad que puedan tener. Pero, a la vez, ambas cualidades están intrínsecamente ligadas al hecho de que los fenómenos sociales, al igual que los psicológicos, a pesar de todo lo que los investigadores y científicos sociales hacen para inmovilizarlos, son dinámicos. Tienen múltiples facetas y están históricamente constituidos. No tengo vocación entomológica, así que aquellos aquí mencionados no están sujetos al papel por un alfiler, previo baño en formol. Deseo entonces que lo aquí leído sea tomado *cum grano salis* (y de ser posible también con algo de pimienta y su poquito de ají dulce, para darle ese inconfundible toque criollo). Que sea leído con espíritu abierto al porvenir que sigue ocurriendo y a la vez, que se reciba como la visión de alguien que vivió y vive el siglo XX y el siglo XXI.